



**MEMORIAS DE  
UNA *BEATNIK***

**Diane Di Prima**

Traducción y prólogo:  
Rubén Medina



**MAT  
ADERO**

**EJEMPLAR PARA DIFUSIÓN**

Memorias de una *beatnik*

EJEMPLAR PARA DIFUSIÓN

Nombres: Di Prima, Diane, autor | Medina, Rubén, traductor,  
prologuista | Traducción de: Di Prima, Diane. *Memoirs of a beatnik*.

Título: *Memorias de una beatnik* / Diane di Prima ; traducción y  
prólogo Rubén Medina.

Descripción: Primera edición | México : Universidad Nacional  
Autónoma de México : Matadero Editorial, 2020.

Identificadores: LIBRUNAM 2092253 | ISBN UNAM: 978-607-30-  
3875-1 | ISBN Matadero Editorial: 978-607-99050-1-9

Clasificación: LCC PS3507.I68.M4518 2020 | DDC 813.54—dc23

Primera edición: 12 de noviembre de 2020

Título original: *Memoirs of a Beatnik*

D.R. © Diane Di Prima

D.R. © Rubén Medina (por la traducción y prólogo)

D.R. © Matadero editorial

Cerrada Mártires de Tacubaya 1Bis, col. Escandón

C.P. 11800, Ciudad de México

[www.mataderoeditorial.com](http://www.mataderoeditorial.com)

D.R. © 2020 Universidad Nacional Autónoma de México

Ciudad Universitaria, alcaldía Coyoacán,

C.P. 04510, Ciudad de México

Coordinación de Difusión Cultural

Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial

[www.libros.unam.mx](http://www.libros.unam.mx)

ISBN Matadero Editorial: 978-607-99050-1-9

ISBN UNAM: 978-607-30-3875-1

Copyright © 1998. by Diane Di Prima

First Published by Penguin Books

Translation rights arranged by Sandra Dijkstra Literary Agency and

Sandra Bruna Agencia Literaria, SL

All rights reserved

La participación de la UNAM en esta coedición se realiza en el marco del Programa de Impulso a Creadores y Agentes Culturales 2020 de la Coordinación de Difusión Cultural.

Prohibida la reproducción parcial o total por cualquier medio sin autorización escrita de los editores.

Impreso y hecho en México / *Printed and made in Mexico*

# MEMORIAS DE UNA *BEATNIK*

Diane Di Prima

Traducción y prólogo:

Rubén Medina

EJEMPLAR PARA DIFUSIÓN



MAT  
ADE  
R O

México 2020

**EJEMPLAR PARA DIFUSIÓN**

Rubén Medina

A finales de los años 50, Diane Di Prima formó parte de una de las mayores revueltas en contra de las tradiciones patriarcales en Estados Unidos. Su huella ha quedado fuertemente grabada en la cultura norteamericana. Poeta, artista visual y activista, precursora de la segunda ola del feminismo que buscaba la igualdad de la mujer en la sexualidad, el trabajo, la familia, el arte y los espacios públicos. Fue una estudiosa del budismo, experta en tradiciones esotéricas y pionera de la psicodelia.

Diane Di Prima creció en Brooklyn, Nueva York, en una familia de emigrantes italianos entre los que se contaba un abuelo anarquista, amigo de Carlo Tresca y Emma Goldman. Empezó a escribir a los siete años y durante su adolescencia la escritura se volvió una actividad constante que no dejaría hasta su muerte en octubre de 2020. Abandonó la universidad en 1953, a los diecinueve años, después de estudiar física, para ir a vivir al Bajo Lado Este de Nueva York, y explorar así las posibilidades de una vida auto-suficiente, así como los deseos de una joven mujer blanca inmersa en un mundo racial y económicamente segregado, además de escribir. Ese mismo año comenzó una amistad con Ezra Pound, a quien visitó en el hospital psiquiátrico de Saint Elizabeth. Colaborará con el coreógrafo, James Warig, con el que estuvo a cargo de varias representaciones en el Living Theatre.

En 1957 Di Prima conoció a Ginsberg, Keroauc, Orlovsky y Corso en Nueva York, y a partir de ahí empezó una estrecha colaboración con ellos. Esto sucedió dos años después del famoso recital del 7 de octubre en la Galería Sexta de San Francisco, que da inicio al llamado Renacimiento poético de San Francisco y al fenómeno literario *beat*. La colaboración de Di Prima marca

una ruptura en el *modus operandi beat*, un grupo conformado exclusivamente por hombres, que se caracterizaba hasta entonces por tener duras actitudes machistas y misóginas. Di Prima se une al movimiento como poeta y activista, es decir, de igual a igual, no como las mujeres ligadas anteriormente al grupo, que generalmente ocupaban el rol de compañeras, amantes, cómplices de sus aventuras y archivistas de sus obras, aunque muchas escribieron posteriormente el testimonio de su experiencia. Ese fue el caso de Edie Parker, Carolyn Cassidy, Joan Haverty Kerouac, Joan Vollmer, Johana McClure, Eileen Kaufman y Hettie Jones. A diferencia de ellas, Di Prima, junto con Anne Waldman y Joanne Kyger, fue una parte medular de la literatura y experimentación poética *beat*.<sup>1</sup>

Junto con otros poetas, fundó el New York Poets Theatre, en el que se producían obras de un acto y *performance*. Con Leroi Jones (Amiri Baraka) fundó la revista *Floating Bear* en 1961. Durante los años sesenta Di Prima dividió su vida entre la comunidad psicodélica de Timothy Leary en Millbrook, en el norte del estado de Nueva York, y viajando en una camioneta Volkswagen con sus hijos por todo el país, dando recitales de poesía en galerías, bares, entradas de tiendas, salones de baile y universidades. En 1968 se instaló finalmente en San Francisco y formó parte de los Diggers, un grupo de *multi-performance* que incluía actos en reuniones políticas o la distribución de comida entre personas pobres. En la década siguiente, Di Prima pasó del activismo político a la vida contemplativa y espiritual, dedicándose seriamente al estudio del budismo, la enseñanza de tradiciones esotéricas y dirigir talleres de poesía.

Di Prima empezó a publicar desde muy joven. Algunos de sus libros más destacados son: *This Kind of Bird Flies Backward*

---

1. Véase, al respecto, "Algunos semáforos antes de entrar a la carretera", prólogo que escribimos John Burns y yo para la antología bilingüe, *Una tribu de salvajes improvisando a las puertas del infierno*. México: Aldus/UANL, 2012, pp. 9-20.



(1959), *Dinners and Nightmares* (1961), *The New Handbook of Heaven* (1963), *Poets Vaudeville* (1964), *Haiku* (1966), *Earthsong* (1968), *Hotel Albert* (1968), *The Book of Hours* (1970), *Revolutionary Letters* (1971), *Selected Poems* (1975). Uno de sus más ambiciosos libros de poesía es *Loba* (1978). Se trata de un volumen dividido en ocho secciones en los que Di Prima combina poemas líricos y épicos, cuyo propósito es pasar revista a varias figuras femeninas a través de las mitologías patriarcales de Occidente (Eva, Lilith, Perséfone, La Virgen María) y proponer nuevos mitos y papeles para las mujeres, ligados a la experiencia de la poesía. En 1983 participó en la fundación del Instituto de Artes Mágicas y Curativas de San Francisco, en donde impartió clases sobre tradiciones espirituales durante una década. En 1999 recibió el título honorario de Doctora en Literatura por la Universidad Lawrence, y en 2009 se convirtió en Poeta Laureada de San Francisco. Aparte de sus *Memorias de una beatnik* (1969) también es autora de *Recollections of My Life as a Woman* (2001), y de una veintena más de libros de poesía.



Di Prima escribe sus *Memorias* en 1968, a los 34 años, una vez que se ha mudado a San Francisco y se ha convertido en madre. El relato narra el proceso de maduración de su vida como escritora. Un proceso que sin embargo no está concentrado en la experiencia de escribir, de llegar a configurar aquello que exigía Virginia Woolf como preámbulo para escribir (el cuarto propio), sino de vivir en una época que representa un momento de gran ruptura e independencia porque algunas mujeres estadounidenses blancas empezaron a vivir fuera de casa, pero esta vez no instigadas por el matrimonio, la crianza o el sueño de ir a la universidad, sino a fin de explorar distintos modos de ser, experimentar la vida, y muy particularmente su sexualidad. De hecho, ese proceso de maduración queda subrayado al final del relato, cuando Di Prima proclama “Hemos alcanzado

la mayoría de edad”, que emerge del cruce de varios eventos y experiencias: el encuentro y lectura de *Aullido* de Ginsberg, su sentido de haber encontrado una comunidad de artistas con un mismo sentido de búsqueda y el rechazo de las normas dominantes de la cultura, así como la conciencia de los cambios a su alrededor, que van tomando lugar desde el fin de la Guerra de Corea, cuando algunos amigos simplemente abandonaron la vida exploratoria y volvieron a la protección de sus hogares, o en algunos casos, siguieron en la aventura inconforme bajo un sentido de integridad a fin de no convertirse en “vendidos”. Así, el relato marca también el fin de la bohemia y la apertura de un nuevo horizonte de actividad literaria y política para Di Prima.

Las *Memorias* no tienen una precisión temporal. Primero nos ofrecen una secuencia referida al transcurso de meses (febrero, abril) sin indicar el año, luego a estaciones (primavera, verano), y al final se comprimen experiencias que según parece sucedieron durante un par de años. Varias referencias en el texto nos revelan algunas pistas y lo sitúan: Di Prima alude a su abandono de la universidad, que acontece en 1953, para irse a vivir a Nueva York con sus amigas; más tarde encuentra el poemario *The Vestal Lady and Other Poems* de Gregory Corso en la librería que cuida brevemente en Manhattan; en los capítulos finales también anota que han pasado los horrores de la ejecución de los Rosenberg por ser acusados de espías soviéticos, la revolución húngara, y ha encontrado una copia de *Aullido y otros poemas* de Ginsberg, todos éstos eventos ocurridos en 1956. El relato termina con su encuentro en Nueva York con Ginsberg y Keroauc, en 1957, por lo tanto podemos inferir que comprende las experiencias de Di Prima ocurridas entre 1953 y 1957. En este sentido, *Memorias de una beatnik* puede verse como la contraparte de *En el camino* de Kerouac, novela que define a una generación emergente en la que los personajes van en busca de nuevas experiencias y a través de sus viajes de costa a costa van explorando comportamientos anti-normativos, que revelan una profunda insatisfacción contra la conformismo es-

tadounidense de la postguerra. Si bien la narración de Kerouac se sitúa a finales de los años cuarenta —él es mayor que Di Prima por seis años— y la Di Prima en los cincuenta.

Hay que tener en cuenta, no obstante, que el relato de Di Prima es anterior a la segunda ola del feminismo estadounidense, a la contracultura de los años sesenta, la psicodelia, el rock, e incluso al fenómeno *beat*. Su contundencia radica en que nos permite ver su lucha por dejar de ser el objeto de representación del deseo masculino, romper con el confinamiento a los espacios domésticos, acabar con la división sexual y los privilegios masculinos y, en este proceso de formación como escritora, convertirse en precursora de todas estas demandas.

La emergencia de ese nuevo sujeto femenino y feminista ocurre pues en los cincuenta; década en que predomina un sentimiento conservador y el auge del consumismo. La Guerra Fría divide al mundo en democracia contra comunismo, y se encarga de promover una campaña de miedo entre la población local y global frente al peligro rojo. Son años en que se impone la educación obligatoria, las familias blancas se empiezan a mudar a las orillas de las ciudades para evitar a los negros y otros grupos étnicos marginados. Estados Unidos afirma su poderío imperial a nivel global, impone un control militar y económico en varios países (por ejemplo, Guatemala en 1954). Empieza a producir una gran cantidad de productos culturales y masivos al resto del continente, como series de TV, películas, estilos de moda, música. Pero son años también de la bohemia artística y el relato de Di Prima da amplio testimonio de ese ambiente.

La bohemia, como sabemos, emerge típicamente en ambientes urbanos y bajo condiciones socioeconómicas que no permiten a los individuos llevar a cabo su vocación artística, de modo que éstos deciden vivir o adoptar una pobreza voluntaria. Di Prima participa en la bohemia neoyorquina, igual que los jóvenes que aparecen en su relato, que rechazan seguir los patrones dominantes de comportamiento según las estructuras de clases, género, raza, y movilidad social. Su generación adop-

ta modos de vida de la bohemia y de la cultural del jazz, con el fin de explorar libremente la sexualidad, el uso de las drogas, nuevas formas de amistad y de relaciones íntimas, mientras lleva a cabo su actividad artística y opta por diversas maneras de sobrevivir económicamente. Y aunque en la bohemia a la que ingresa Di Prima había pocas mujeres, ese sentido de ser una minoría viviendo una vida no-normativa atraía a la generación que emerge en los cincuenta. En este ambiente también aparece una fuerte ideología de lo juvenil o de los jóvenes que empiezan a verse (más allá de ser reconocidos e interpelados por la sociedad hegemónica como consumidores) como una fuerza social y cultural progresista, celebratoria, que desafía la normalidad burguesa, cristiana, blanca y heterosexual, de la sociedad estadounidense.

Junto a su descripción de la bohemia, Di Prima ofrece observaciones importantes sobre la generación anterior, la de sus padres. Así, por ejemplo, nota que la madre de Tomi, “era una mujer pequeña y atractiva de unos cuarenta y tantos años, que hizo lo que se esperaba de ella, sin que eso le produjera ningún placer.” Pero además es una mujer sin oportunidad de explorar verdaderamente su sexualidad. La escritura de Di Prima se opone a la visión televisiva de la normalidad familiar estadounidense, al notar que se trata de una situación ideal y económica falsa. Incluso la autora revela el carácter incestuoso de la familia, y un modo de vida donde la personalidad propia se inhibe al imitar las imágenes culturales de los medios.

Las *Memorias* también describen los diferentes estados (identidades) de feminidad que atraviesa la autora, como sucede con el breve periodo que vive en el campo con tres hombres: el padre y sus dos hijos. Di Prima se ve convertida en una mujer compañera, comprensiva y servidora. Según reflexiona, dice: “Me perdí a mí misma en el nuevo rol de mujer, una posición definida y revelada por mi sexo que consistía en hornear, reparar cosas, llevar a cabo la crianza y coger, es decir, la parte destinada a las ‘chicas’ en la obra”. Sobre esa condición de mujer,

también relata una violación, que enfrenta con la ambivalencia de la época, todos los trabajos que tuvo que hacer para sobrevivir, que se circunscriben muchas veces a su identidad de género, y ofrece una franca y lúcida reflexión sobre la píldora anticonceptiva y los métodos contra el embarazo.

Una de las constantes en el relato es la importancia del sexo de la mujer y su deliberada libertad por explorarlo, incluyendo las relaciones homoeróticas y de grupo. Sin embargo hay que notar primero que el relato de Di Prima no es meramente testimonial, sino que vemos un registro ficticio en el que la autora incluye juegos textuales y el uso de la ironía. Quizá algunos lectores detectarán giros de pornografía por la descripción detallada de las escenas sexuales, pero hay un contexto específico respecto a este registro, en el que es importante tener en cuenta que pese a su carácter subversivo y confrontacional, los escritores y la literatura *beat* se sustentan o tienen cabida en las grandes editoriales norteamericanas y son parte de un fenómeno editorial comercial.<sup>2</sup> En 1987 Di Prima escribe un apéndice para la segunda edición de las *Memorias*, incluida en esta edición. La autora cuenta ahí el contexto en el que trabajó, y también que lo hizo para no vivir más de su esposo, pagar la renta y comer, luego de su llegada a San Francisco: “Había conocido a Maurice Girodias en Nueva York, y había escrito escenas sexuales para un par de novelas aburridas e inocentes que él había comprado como esquemas de tramas a las que tenía que agregarse el interés lascivo”. Las cuartillas que había mandado Di Prima a Nueva York, no obstante, regresaban con el siguiente aviso: “Grandes cantidades de palabras iban a Nueva York cada vez que vencía el alquiler, regresaban con “MÁS SEXO” garabateado en la primera página con la letra inimitable de Maurice”. Di Prima confiesa sin pena: “Fue la primera y única vez que escribí una obra para ganar dinero”.

---

2. En nuestra antología *beat* no pudimos incluir fragmentos de *Loba*, debido a que los editores pedían a cambio una cantidad incongruente.

En el relato, no obstante, Di Prima parece dar una clave del posible carácter ficcional y testimonial del texto, al jugar con el lector o lectora y hacerlo consciente de su lectura. Me refiero al Capítulo 12, donde la autora ofrece dos relatos de lo que sucede por la noche en su segundo apartamento, en el que vive con un grupo de amigos. El primer relato trata de lo que quiere leer el lector: “MAS SEXO”, según exige su editor neoyorquino, y enseguida narra lo que realmente pasó. Esa autoconciencia sitúa las *Memorias* de Di Prima (aunque, según hemos apuntado, los méritos abundan) en otro nivel, que nos lleva a un terreno ambiguo donde las fronteras entre lo real y lo ficticio son inciertas.

12 de noviembre, 2020

Monona, Wisconsin

## NOTA DE LA AUTORA

—“¿Qué crees que pasó con todos aquellos *beatniks*?”— reflexionó una joven estudiante rubia de primer año, mientras me llevaba de regreso a San Francisco, después de mi recital en Berkeley el año pasado.

—Bueno, cariño, algunos de nosotros nos vendimos y nos convertimos en hippies. Algunos logramos mantener nuestra integridad al aceptar becas del gobierno o escribir novelas pornográficas. John Wieners está loco y lo tratan en Búfalo, Fred Herko saltó por una ventana, Gary Snider es un sacerdote Zen. Todo lo que se te pueda ocurrir. O, como me dijo hace poco mi hija de once años al recordar los primeros años de su infancia: “Realmente extraño todos esos días. Fueron difíciles, pero hermosos.”

—Las cosas ahora son más bonitas. Una *Nueva Era*, con un poco de la gordura asomándose todavía por ahí. No dejes de fumar mota.

Mayo, 1969

**EJEMPLAR PARA DIFUSIÓN**



Me desperté con los sonidos matutinos del West Village. Los sonidos del tráfico. Los camiones pasaban sobre el pavimento mojado, iban nerviosos, dando bocinazos y gruñendo uno al otro. La ventana estaba abierta y una sombra se agitaba un poco, un lado golpeaba el marco de la ventana repetidamente con un ritmo irregular. Abrí los ojos, me giré en la cama y observé a mi alrededor.

La habitación era de un amarillo brillante que compensaba la luz verde pálida del amanecer lluvioso. Aparte de nuestro colchón en el piso, los únicos muebles en la habitación estaban hechos de tablones robados de una fábrica de papel cercana y pintados de negro mate. Nos servían a la vez como sillas o mesas y ningún cojín alteraba la austeridad del mobiliario, ni los estampados de la India o las antiguas imitaciones de terciopelo que nos habíamos acostumbrado a tener en los años sesenta. Una amplia tarima, colocada contra la pared que daba al pie de la cama, sostenía una vela de casi 30 centímetros de diámetro y cerca de un metro de altura. Iván estaba particularmente orgulloso de esta vela. Me lo había dicho cuando la trajo. También que compró diecisiete dólares de cera para hacerla. Había sido nuestra luz durante los ritos de la noche.

Aunque sólo estábamos en el segundo piso, la habitación había sido “decorada” con un tipo de aleros falsos. Se inclinaban ligeramente sobre las ventanas

cercando la cama en la sombra. Era una habitación amplia. El trabajo de pintura y el piso impecablemente terminado la hacían parecer una buhardilla bastante acomodada. Como si la gente de la bohemia hubiera conseguido un poco de dinero y pintado todo, pensé con una sonrisa.

A través del arco podía vislumbrar la pequeña cocina brillante, con los utensilios. A la derecha de la cocina, recordaba, había también un diminuto baño perfectamente embaldosado y equipado con toallas esponjosas, perfectamente situadas, en colores oscuros de lujo y una variedad de aceites de baño caros. Era una miniatura perfecta, una casa de muñecas; y seguramente alguien jugaba aquí a la casita.

Bueno, ahí estaba. Estiré mis piernas, arqueando los dedos de los pies y suspiré sólo un poco, a fin de no despertar al muchacho que dormía a mi lado. Ahí estaba y pensé irónicamente, este es solamente el primero de los apartamentos extraños en los que voy a despertar. Los músculos de mis muslos se sentían adoloridos y pasé mis manos sobre ellos para sentir la textura seca de las venidas que habían quedado pegadas por aquí y por allá. Luego deslicé mis manos entre las piernas y palpé suavemente los labios de mi vagina. La piel se sentía cruda e inserté mis dedos dentro, explorando suavemente. Él en verdad la tenía grande, pensé. Una verga grande la primera vez estaba muy bien. Un escalofrío de placer pasó sobre mí mientras exploraba el terreno familiar y la piel de gallina apareció en mis brazos. Ahora, pensé con una sonrisa cínica de placer, seguro no voy a tener ya ningún problema al usar Tampax.

Iván aún dormía, dándome la espalda. Quité ligeramente la sábana de los dos y comparé el tono rosado, casi violeta de mi carne, con la luz pálida y oliva que su cuerpo arrojaba. Nos veíamos bien juntos. Era un placer estar allí tirados, levemente excitada, pasando la mano sobre la piel suave de mis senos y estómago, y sabiendo que en cualquier momento podría iniciar la danza que satisfacería mi propio deseo y brindaría deleite a la criatura a mi lado.

Me puse de lado y acerqué mi boca a su espalda, levemente lengüeteando la hondura que hacía su espina dorsal. Tenía una vértebra grande allí en la espalda baja, justo antes de su columna, entre las asentaderas de su culo. La exploré a fondo con mi boca, siguiendo la espina hasta el fin y comenzando de nuevo; incluía mis dedos en el juego cepillando ligeramente sobre sus costados y levantando el fino vello que cubría su piel amarillenta.

Para entonces Iván se había despertado, respondiendo a mi contacto, y mientras manoseaba el pelo en su nuca con mi lengua, se volteó hacia mí y juntó su boca a la mía. Deslicé el brazo bajo sus hombros y me di cuenta mientras lo hacía que la longitud de sus hombros era muy liviana —tanto como los de las muchachas. Por alguna razón esto me excitaba aun más, moví mi cuerpo para quedar recostada a medias y puse toda mi atención a nuestros besos.

Hay muchos tipos de besos, tantos como gente en la tierra y como los cambios y combinaciones de esas personas. No hay dos personas que besen igual —no hay dos personas que cojan igual— pero de alguna manera el

beso es aún más personal, más individualizado que coger.

Hay quienes besan intensamente, con seriedad, con sus labios apretados y tensos, las lenguas duras, y empujan con una firme determinación hasta donde sea posible en la boca del otro; hay quienes besan de modo descuidado, casual y lánguidamente, con sus bocas flojas, rozando ligeramente, sus lenguas casi desiguales en el impulso de aventurarse. Hay también esos besadores astutos cuyos besos parecen casuales al principio, luego te acechan en vastas explosiones de lujuria. Hay esos besadores voluptuosos cuyo beso es tan obsceno que te deja un poco repugnada, como si hubieras tenido una cogida rápida sobre el piso del baño; y aquellos besadores virginales quienes, en el acto de voltear tu boca prácticamente hacia afuera, parecen tomar castamente tu mano. Hay aquellos que besan como si estuvieran cogiendo: la lengua bombeando frenéticamente hacia atrás y hacia adelante entre los labios del otro en un ritmo sin aliento. Hay muchos, muchos otros tipos mayores de besos —al menos doce tipos vienen a mi mente de improviso. Registra tus besos favoritos a continuación:

Nuestros besos empezaron en los labios, la boca blanda, relajada, jugando y acicalando suavemente, buscando mezclarse con la otra a fin de convertirse en una sola boca, pero sin urgencia por hacerlo. La excitación cre-

cía gradualmente hasta que los labios fueron molidos salvajemente contra los dientes aún cerrados. Se aflojaron y luego su lengua salió y comenzó a examinar el interior de mi labio, pinchando y deslizándose con suavidad por las esquinas, frotando contra mis encías y curvando mis labios hacia abajo. La lengua se retiró y la mía siguió su ejemplo, jugando el mismo juego, pero de modo más minucioso, deslizándose también alrededor de la parte interior del labio superior y hacia abajo a los lados de su boca, hinchando primero una de sus mejillas y luego la otra. Cuando me cansé, me dediqué a pellizcar el interior de su labio interior con mis dientes. Y luego su lengua se extendió de nuevo, seria y tensa, buscando el techo de mi boca y la piel bajo mi lengua. Decidimos entonces acercar la boca con los cuerpos más estrechamente juntos y mi mano encontró su larga y hermosa verga y empecé a acariciarla y apapacharla, ocasionalmente deteniéndome para ponerla en un hueco en la palma de mi mano.

Nuestras lenguas estaban justo en ese momento en un partido de esgrima de placer, tocando y ladeando mientras nos movíamos ligeramente de lado a lado en el intento de poner nuestra carne cada vez más en contacto total. Deslicé una rodilla debajo de sus testículos y giré suavemente, a la vez que examinaba todo su paladar con la punta de la lengua. En respuesta, él presionó un muslo torpemente contra mi entrepierna, tocando simplemente mi clítoris. Una cálida ola de placer se extendió sobre mí, empecé a estrujar mi estuche contra su pierna, agarrándolo con mis dos muslos, mientras mi boca dejaba la suya y buscaba el lugar vacío que

amaba en la base de su garganta. Él yacía allí, con la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados, mientras yo trazaba la línea de su garganta, su clavícula y su pecho, dejando una fina huella de saliva en su piel pálida. La lengua jugueteó brevemente con sus pezones duros y ligeros, seguí mi trayecto hacia el sur, deteniéndome de vez en cuando para cortar la carne fina y lisa justo debajo de sus costillas o escariar su ombligo con mi lengua. Sus manos ansiosas ahora me empujaban hacia abajo, hacia su enorme verga, pero me resistí juguetonamente. No debía apresurarme. Tomé uno de los pelos oscuros de su estómago entre mis dientes frontales y lo jalé ligeramente. Tracé los finos huesos de su pelvis con mi boca, estudiando la forma en que la carne, estirada y tensa, se sumergía en un hueco suave y sensual como las dunas de arena. Dejé una marca morada allí y seguí mi camino lentamente en el que Iván gimió una vez. Sus manos, aflojando un poco su presión, comenzaron a jugar frenéticamente con mi pelo. Di mordiscos y pasé mi lengua sobre su piel suave entre su ombligo y la ingle, hasta que los músculos se sacudieron y crisparon bajo mis caricias. Podía escuchar sus gemidos rápidos e involuntarios.

Deslicé mi cuerpo a lo largo de su pierna, hasta que mi boca encontró su verga erecta. Comencé a jugar con ella, dando mordiscos a los costados con mis labios, poniendo la lengua aquí y allá en sus raíces, en la maraña oscura de pelo con olor a humedad. Por fin, bajo el urgente mensaje de sus manos y mi boca cerrada sobre la gran cabeza de su verga, probé el sabor agridulce de su punta. Incliné mi cabeza lo más que pude llenando por

completo mi boca, esforzándome por hacer ese espacio más grande y abarcarlo completamente. La cabeza de su verga presionaba contra la parte interior de mi garganta y me atraganté un poco, pero su creciente excitación borró de mi mente cualquier otro pensamiento. Deslicé mis manos bajo su trasero y lo atraje hacia mí, moviendo mi cabeza arriba y abajo, presionando mi propia abertura húmeda y apretada contra su rodilla. Mi cabeza estaba nadando: mi vista borrosa registró un parche de luz solar sobre el amarillo una y otra vez. Recuerdo haber pensado de manera trivial que la lluvia había cesado. Podía escuchar a Iván jadeando y gimiendo sobre mí.

Mi propio deseo se volvió más urgente. Quería esa gran verga pulsante dentro de mí. Retiré mi boca de ella rápidamente mientras un estremecimiento corría a través de él. Hice una breve pausa para palpar sus cojones redondos y llenos, me levanté con mis brazos y lo puse a horcajadas para que mi agujero húmedo estuviera justo encima de su vara. Me bajé sobre ella, guiándola al lugar apropiado y retorciéndome para llevarla a mi estrecha abertura. Pero había más. No había tomado la enorme herramienta por completo. Nos separamos un poco y yo deslicé una pierna hacia arriba, sobre sus hombros. Sus manos en mi parte trasera me acercaron más y más, él estaba dentro, hasta la empuñadura. Mi cuerpo parecía estar derritiéndose, una niebla gris se derramó ante mis ojos. Nos acostamos de lado, una de mis piernas se estiró debajo de mí y la otra sobre su hombro. Nos movimos de arriba abajo y en círculos en una marea creciente de éxtasis. Mi largo cabello se había soltado y

caía en cascada sobre nosotros. Por fin me di por vencida, todo mi cuerpo se llenó de placer y sentí un torrente de deleite a través de mi carne con su cálida venida que llenó mi vagina a rebosar, y con un grito estremecedor él se desplomó encima de mí.

Sé que pasó mucho tiempo antes de que nos moviéramos, porque cuando levanté la cabeza vi que la mancha de luz de sol amarilla se había movido bastante lejos a través de la pared, y hundido en algún lugar cerca de las molduras de madera. Moví mi cuerpo un poco, e Iván sacó de mí la verga mojada y floja, causándome una exquisita y delicada sensación. Me alcanzó con un brazo y recogió el despertador eléctrico que se había caído por nuestros impulsos excesivos. Dio un largo silbido cuando vio el tiempo, comenzó a soltarse, luego se agachó a besar mis párpados y tirar de mi oído con sus labios. Me moví hacia el lugar más seco de la sábana. El tomó un mechón suelto de mi cabello a través de mi cara, extendiéndolo como una red y me besó a través de él. Nuestras lenguas se encontraron como a través de un velo. Dije, “Uf”.

—¿Tienes hambre? —me preguntó, sentándose y balanceando sus piernas sobre el lado de la cama hasta el piso, lo que era solamente como medio metro abajo.

—Un poco —dije, acurrucándome más profundamente en la almohada para indicar que no quería hacer nada al respecto.

Iván se puso de pie y miré su extraña y hermosa carne mientras se dirigía a la regadera. Definitivamente era demasiado largo, y demasiado amarillento. Brillaba. Tenía una especie de cualidad de El Greco. Era muy hermo-



so, pensé, y me acurruqué más profundamente en el lugar cálido que nuestros cuerpos habían hecho. Me dormí.

Me desperté con el aroma de café y el sonido chisporroteante de los huevos en el sartén. Iván se había bañado y vestido y estaba de pie junto a mí, sonriendo, con dos tazas humeantes en sus manos. Las puso cerca y se sentó a mi lado mientras yo me incorporaba medio dormida, la sábana cayendo alrededor de mis hombros y mi cabello. Bebí con avidez el dulce y caliente líquido. Algo de la niebla de los sueños se aclaró en mi cabeza, y le eché un vistazo a Iván por un lado de la taza. Este no era el joven pirata que había conocido en el Village la noche anterior. Tampoco era la figura del cuadro de El Greco al que le había hecho el amor, sino un joven tranquilo, más bien delgado, vestido con un overol limpio y una camisa azul de trabajo, el pelo mojado y bien peinado. Iván pilló mi mirada y mi pensamiento, sonrió. Le devolví la sonrisa. Las palabras no eran parte de lo nuestro. Luego hizo como si quisiera ayudar a ponerme de pie.

—Vamos —dijo—, los huevos se enfriarán.

Me paré y caminé desnuda al centro de la habitación donde me estiré y bostecé; la luz del sol que había estado observando toda la mañana desde la cama me atrapaba alrededor de mis tobillos. Hice una trenza suelta y desordenada con mi cabello para mantenerlo fuera de mi cara. Algo goteaba en mi empeine, pero lo ignoré. Iván me había lanzado otra camisa azul de trabajo de mezclilla, exactamente como la que llevaba puesta, me la puse, enrollando las mangas demasiado largas y así vestida, fui a desayunar.

Nos sentamos en la pequeña mesa de la “cocina de soltero” de miniatura y devoramos los huevos fritos, los panecillos ingleses, quemados y nadando en mantequilla, el jugo de naranja congelado. Iván se había puesto los anteojos, que completaban su transformación a un chico sobrio, en lugar de un joven trabajador demasiado serio.

—Solo cierra la puerta cuando te vayas —dijo, con la boca llena—. Se asegura por sí misma. Quédate todo el tiempo que quieras, escucha discos, escribe, lo que sea —luego añadió, con cierta huella de vacilación— ¿Te veo esta noche?

Me gustó la duda. Me gustó su confidencia también, como todo lo demás que había pasado entre nosotros, pues sin dudarlo había sido un poco dominante. Reprimí otra sonrisa y llené mi boca con huevo.

—No lo sé —dije—, depende, sigo viviendo en casa.

—Me reuniré contigo, a las nueve. En el David. El lugar era una cafetería artística en la Calle McDougal. La única en aquellos días, además de los garitos de la Mafia.

—Está bien —dije, todavía actuando aliviada—. Si no estoy allí, no esperes.

Me lanzó una mirada larga y juguetona bajo sus pestañas, medio engatusándome, medio ordenándome que estuviera allí, y después de un besito de huevo, se fue al trabajo.